



EPILOGO.



HABIAN transcurrido cinco meses del último sensacional acontecimiento que acabamos de referir, cuando en el mes de Diciembre, entre el 16 y el 24, en día domingo, es decir, en noche de domingo, se celebraba una fiesta de posadas en una casa fronteriza á la Alameda por el lado donde se encuentra el templo de San Juan de Dios.

Desde por la mañana estuvieron llegando los cargadores sin número y los muchachos mandaderos muy recargados de ramas de pino, de cedro y de otras yerbas, de faroles de colores, de cajas con juguetes, de piñatas, de canastos con comestibles y bebestibles, de sillas, mesas y candiles, y de otra infinidad de adminículos que suelen ser indispensables en esas populares fiestas que con tanto entusiasmo y con tanta devoción se celebran anualmente en

la Capital de la República, con la circunstancia de que cuando ya parecen ir decayendo, como decayó el carnaval, la fiesta de Santa Anita y otras costumbres, la de las Posadas, como el ave Fénix, renace siempre con más vigor de sus propias cenizas.

Después de que estuvieron llegando los cargadores y muchachos mandaderos con aquel enjambre de objetos vistosos, otro grupo de personas, algunas de la casa y otras de la vecindad, dieron principio febrilmente al adorno que consistió en llenar de ramas verdes y faroles de colores el zaguán, el patio, la escalera y los corredores, poniendo en pocas horas aquella casa con el aire de fiesta más acabado.

Se sentía, se olía, se gozaba con lo verde, dando grande ensanche á la respiración, al mismo tiempo que gozaba también la vista con aquel variado matiz de colores que daban los farolillos y las yerbas.

El fresco ambiente, el buen olor, la atmósfera perfumada hasta en sus últimos pliegues, todo aquel conjunto pintoresco hacía bien á los sentidos y convidaba á gozar con el cuerpo más que á elevarse con el alma al séptimo cielo por medio de las oraciones.

Al penetrar á aquel recinto, daban ganas de exclamar como aquel noble ruso en la «Vida Parisiense»: «Broma me pide el cuerpo ya.»

Naturalmente todo el día, pero más particularmente en la noche, la puerta de la casa estuvo llena de curiosos de todas edades y de todos sexos y cada cual se lamía los labios diciendo para sus adentros:

—¡Esta sí va á ser posada!

Y en efecto, todo olía á fiesta, con el olor penetrante de los pinos, las amapolas y madreselvas, desde el zaguán

hasta la primera vivienda de la derecha, que estaba cuajada de arcos, festones, cortinajes y farolillos, y en la cual vivía la familia Fregoso.

Esta familia Fregoso la componían doña Josefa, viuda de un comandante del mismo apellido, Elvira y Eva sus hijas y el hermanito de éstas Joaquín, que ya estaba muy crecido y que ya ayudaba á los gastos de la casa con un sueldo de sesenta pesos que estaba ganando en una casa de comercio.

Pero quienes en realidad costeaban la posada, eran los oficiales del Regimiento de Julio Robles, quienes se habían empeñado en hacer aquel homenaje á su coronel en la misma casa de su novia.

Esto quiere decir que Julio Robles, á pesar de todas sus genialidades, pues que parecía que había nacido para vivir en el cuartel y nada más que en el cuartel, había seguido siendo fiel á Elvira, lo mismo que el teniente coronel Luis Velázquez seguía, como hacía unos nueve años, apasionado de la linda Eva.

Apenas había acabado de oscurecer, cuando se detuvo un coche á la puerta, del cual se apearon dos militares que entraron á la casa seguidos del asistente que había llegado también en el pescante, el cual iba cargando un cajón con doce botellas de champagne.

De una vez descubriremos el secreto.

Los jefes habían querido, por su parte, dar una agradable sorpresa á sus subalternos.

Los militares del carruaje no eran otros que el alegre Robles y el juicioso Velázquez, novios como hacía un buen número de años de las dos muchachas de la casa, que ya no lo eran tanto, pues que Elvira, la mayor, contaba ya veintiocho años y veinticinco la segunda.

Ambos militares subieron las escaleras, atravesaron el corredor y recorrieron la vivienda como Pedro por su casa.

Cuando llegaron á la pieza llamada la recámara, la encontraron cerrada, y entonces Robles dijo con voz de cañón:

—¿Hemos madrugado mucho, verdad? Ustedes se están vistiendo.

Dentro de la alcoba se oyeron carreras, risas y cuchicheos.

—No hay cuidado, dijo luego Velázquez, no se apuren, vamos á la calle y volmemos.

—No nos tardamos diez minutos, dijo una voz argentina á través de la puerta.

—Tomen todo el tiempo que gusten, ¡qué diantres! pónganse más guapas que nunca, siguió diciendo Robles, los convidados apenas empiezan á llegar y aquí estaremos nosotros pronto para hacerles los honores de la casa.

En efecto, á los pocos momentos entraron á la sala dos familias y á los cinco minutos un pequeño grupo de oficiales subalternos de los que costeaban la posada de aquella noche.

En esos momentos también daban las siete, que era la hora que se había fijado para dar principio á la fiesta.

La concurrencia siguió llegando, y se compuso, como debe suponerse, de las familias que vivían en las otras viviendas de la casa y otras casas contiguas; pero es preciso advertir que todas las muchachas iban bien puestasitas y todas las señoras y caballeros que las llevaban parecían personas formales, esto es, se veía bien que eran todas familias de la clase media, pero decentes. Había algunas cursiloncitas, como es de ley en esas reuniones, pero eran cursiloncitas no sólo muy pasaderas, sino muy aceptables.

Cuando ya había alguna gente reunida, se abrió la puerta de la recámara y aparecieron Eva y Elvira resplandecientes de belleza: la primera vestida de blanco, la segunda de un azul pálido que hacía resaltar mucho la blancura de su cútiz.

Y en verdad que ninguna de las dos necesitaba mucho afeite para presentarse: las dos estaban frescas, rosagantes, voluptuosas, esbeltas.

Luego que abrazaron y besaron á sus amiguitas, dieron un expresivo apretón de manos á sus novios y se sentaron en el estrado.

En seguida apareció doña Josefa, que fué la que dió orden de que dos muchachos tomaran los peregrinos y el hijo repartiera las velas para que comenzara á cantarse la letanía recorriendo las habitaciones, según la costumbre, en una dilatada procesión.

Así se hizo en medio de una gran algazara.

Todos se levantaron á un tiempo de los asientos y se agruparon en medio de la sala, queriendo cada cual que se organizara la comitiva de este ó del otro modo, sin que nadie hiciera caso, mientras que otros encendían las velas y las muchachas que iban á encabezar el canto se ponían de acuerdo con los músicos para darse el tono.

De repente se oyó gritar con voz algo campanuda: «Saaanta Maariaaa,» los músicos dieron cuerda al acompañamiento y la procesión se puso en marcha, siguiendo todos los concurrentes en dos filas á los Peregrinos.

—Usted no canta, Velázquez, dijo doña Josefa dirigiéndose al teniente coronel.

—Si canto las aturdo.

—No le hace, aprenda á Robles.

Y entonces Velázquez abrió la boca y se puso á res-

ponder la letanía, pero tan destempladamente, que todos soltaron la risa.

—Esto ya no es devoción, sino una mogiganga, dijo una de las mamás, indignada ante tanta irreverencia que se iba haciendo en la letanía.

Las muchachas que guiaban el canto á cada paso se interrumpían para contestar las cuchufletas que les dirigían desde el otro extremo del corredor; los músicos se iban entonces por otro lado en el tono, los que contestaban el *ora pro novis* lo hacían de un modo endemoniado; había breves coloquios entre los que iban de vecinos sobre que no los fueran á quemar ni á gotear con las velas, y todo esto excitaba la risa, de modo que la mamá aquella que ya había manifestado cierto enojo, volvió á decir á sus vecinos:

—No podía esperarme otra cosa habiendo militares en la posada.

—Pues no hubiera usted venido, le contestó luego la mujer de un oficial que iba allí muy cerca.

—Yo vine á rezar, contestó la vieja, no á hacer mofa de las cosas santas.

—A rezar se va á la iglesia, aquí venimos á divertirnos, replicó la oficiala.

Y como la vieja gruñera y empezara á meter el disturbio, gritó Robles con voz de trompeta:

—No interrumpán el canto, señoras.

La procesión bajó al patio, recorrió las otras viviendas y por fin regresó á la sala, cuya puerta estaba cerrada para que los que venían de fuera dieran principio al canto de

¿Quién les da posada

A estos Peregrinos

Que vienen cansados

Por estos caminos. . . . ?

siguiéndose las demás estrofas que son tan populares, á pesar de estar hechas con una literatura de perros propia más bien, según el dicho vulgar para arder en un candil

Con arreglo á los *perversos* aludidos se abrieron las puertas, entraron los Peregrinos y tras ellos en tropel los concurrentes, que obscurecieron la sala con el humo de las velas que iban apagando al entrar y depositándolas en una canasta, todavía humeantes.

—Tomen asiento los que quieran juguetes, dijo uno de los oficiales.

—Todos obedecieron, como si aquella hubiera sido la voz de un general ante una tropa, y en seguida apareció la gran charola llevada por Joaquín Fregoso y el subteniente Carpio *copeteada* de preciosos dijes de porcelana.

Por supuesto las señoras grandes escogieron los juguetes más bonitos, y algunas hubo que se embolsaran tres ó cuatro más para las sobrinas y sobrinos que no habían podido venir.

Con esto terminó la fiesta de la posada y comenzó el baile.

Naturalmente los primeros que sacaron á su pareja fueron los novios, y ya juntas las unas y las otras parejas, se colocaron en el centro de la sala para bailar en dos grupos unos lanceros.

Mientras el bastonero organizaba los dos grupos, Robles pudo decir muy quedo á Elvira:

—Estás encantadora, ¿sabes?

—Lisonjero.

—No es lisonja, me gustas mucho y ahora más. ¿Qué te ha dicho tu mamá de nuestro casamiento?

—Está contentísima, y más cuando le has asegurado que concurrirán á la boda tus amigos Adrián Canales y el licenciado Benavides con sus respectivas esposas.

—Ya las conocerás y me dirás si no son grandes mujeres esas. Adrián llega mañana y Benavides ya me dijo que tendría mucho gusto en ser uno de mis padrinos.

En frente de esta pareja se decía también:

—Tú eres la joven más linda que hay no sólo en esta sala, sino en todo el mundo.

—Tú siempre bromista, Luis.

—No es broma, te adoro.

—Porque me quieres, por eso te parezco así.

—Porque no hay otra como tú, ni tan hermosa, ni tan buena.

—Si no te quisiera yo tanto también. . . .

—Y muy fiel que me has sido.

—Calla, calla, era mi deber, te lo había yo jurado.

—Pero dentro de quince días que nos casemos. . . .

—¿Tan pronto?

—¡Pronto á los nueve años de novios!

En ese momento rompió á tocar la música y comenzaron las cuadrillas que ya no dejaron que siguiera adelante ni ésta ni aquella otra conversación.

Pero nosotros, en nuestra calidad de cronistas, daremos el siguiente resumen.

El baile de aquella posada continuó muy alegre y terminó á las doce de la noche.

No había que desvelarse mucho porque al día siguiente era 24 de Diciembre y había cena de Noche Buena.

A esta cena ya concurrieron Adrián Canales y Refugio su esposa, que acababan de llegar de Santa Ana Aca-

tlán y el licenciado Domingo Benavides y Adela que iban á ser padrinos de Robles.

¿Cómo se habían conocido Robles y Benavides? Pues en el sitio de Querétaro, en donde estuvieron militando bajo las mismas banderas.

Allí Robles había rescatado á Benavides en los momentos en que una tropa enemiga lo había cogido prisionero y lo iba á meter á la plaza, servicio de que nunca quería aquel que se hablara, porque le había parecido la cosa más natural exponer la vida para salvar á un correligionario.

Después que concluyeron las fiestas de posadas, quedaron concertadas las dos bodas para el día de los Santos Reyes, porque decía Robles que así debia de ser puesto que se trataba de dos reinas.

Ya deberá suponerse el lector los abrazos que se dieron Julio Robles y Adrián Canales habiendo sido tan amigos y habiendo dejado tanto tiempo de verse.

Tomás Ramírez, el inseparable compañero de Adrián, también lo quiso acompañar en su viaje á México no sólo por concurrir á la boda de aquellos oficiales que también habían sido sus amigos, sino porque no podía encontrarse bien cuando no estaba cerca de su antiguo jefe.

Luis Velázquez fué el que arregló el programa de las dos bodas.

El casamiento civil se verificaria el día 5 en la casa de las novias. Habría un pequeño concierto íntimo.

El casamiento religioso el día 6 á las nueve de la mañana.

Aunque habían protestado todos la Constitución y estaban, como quien dice, excomulgados, tenían que cumplir con aquel requisito para no distinguirse.

Después de terminada la ceremonia en la iglesia, á

la fotografía y de la fotografía á la quinta Corona en la Viga.

—Verán, les había dicho Velázquez á Julio, á Adrián y á las novias, es allí muy bonito: hay un museo de antigüedades, hay palomares, la mar de patos y otras aves, un gran jardín y muy buena cocina. Un día de campo allí, regocijaría á la emperatriz de las Indias y al emperador de todas las Rusias.

Y todo se hizo al pié de la letra como lo dijo Luis Velázquez.

Las novias estaban ese día de los Reyes verdaderamente deliciosas con sus vestidos blancos y llenas de azahares. Refugio, morenita y graciosa, llevó un traje de seda negro que le caía muy bien, y Adela, la sin par Adela con sus grandes ojos negros y su elegante talle de gacela vestía de moaré, y por más que quería aparecer modesta, no la dejaban su aire distinguido y aristocrático.

Benavides, cuando concluyó el banquete de boda y se bebió el champagne, pronunció un brindis elocuentísimo, haciendo votos porque á la sombra de la paz de la República fueran felices todos aquellos hijos de la guerra.

Adrián con toda sencillez abrazó á sus amigos y les dijo que al volver á su pueblo no olvidaría las horas de ventura que había pasado junto con sus más queridos amigos.

Luis Velázquez lloró enternecido; pero Julio Robles, dando un fuerte puñetazo sobre la mesa que hizo volar varias copas, acordándose de sus tiempos de truhanería, exclamó:

—¡Qué diablos! nada de enternecimientos ni de ni-

ñerías. Somos todos amigos, nos queremos y se acabó. Y cuando volvamos á encontrarnos, si es que vuelve á haber guerras, en los campos de batalla, siempre en nuestro mismo partido que es el de los hombres libres, nos tendremos las manos como nos las tendimos antes, y volveremos á exclamar: «todos para uno y cada uno para todos.»

—Bien, bien, le gritaron de todas partes.

Y en tanto Refugio dijo á los recién casados en tono afectuoso y reservado:

—Que sean ustedes tan felices aquí como nosotros en nuestro pueblo.

Y Adela, que no podía quedarse atrás en estas circunstancias, no pudo más que decir con los ojos arrasados de lágrimas:

—¡Benditos sean estos hombres tan buenos!

